

Compromiso del día 27

Leer y meditar el siguiente texto:

*Del libro “Anécdotas Marianas”
Fray Antonio CG. OFM*

El héroe francés de la última guerra europea, el capitán Paul, en la vida civil era profesor del Instituto. Hombre de vocación investigadora, se desplazó un buen día a Lyon, con la intención de consultar documentos en unos archivos. Marchaba a pie, despaciosamente, por los muelles lioneses del Saona, cuando reparó en una muchachita que salía de una calle lateral, frente a la colina de la Fourviere. La niña levantó la cabeza, miró hacia la lejana estatua de la Virgen que domina toda la ciudad de Lyon y le dirigió una sonrisa encantadora de afecto y devoción. El profesor ateo, sorprendido y como molesto, preguntó a la niña:

- ¿A quién dedicas esa sonrisa?
- A la Santa Virgen, señor.
- ¿Y eso a santo de qué, pequeña?
- Para darle los buenos días.
- Y qué le puede importar a «ella»?
- Pues... bueno, mamá me ha enseñado que hay que ser siempre bien educada. Y además, al verme que la saludo, la Virgen recuerda que ha de interceder por mí.
- ¿Y para qué necesitas tú que «ella» rece por ti?
- Pues para que sea yo más buena.
- ¿Y quién te ha enseñado que hagas eso?
- El Padre del catecismo, nuestro párroco.

En aquel instante pasó por la mente del profesor ateo lanzar a la cara de la pequeña: «La Virgen no existe, tonta. Tu párroco es un embustero o un ignorante» ...

Sin embargo, había tal dulzura y tal candor en aquel rostro de niña, que no se sintió con fuerzas para hablarle burlesco. Y desde lo más profundo y olvidado de su memoria, llegó flotando hasta el espíritu del profesor un fragmento del Evangelio, recuerdo de su lejana infancia: «Dios ha revelado su ciencia a los pequeños y a los humildes. Él la ha escondido a los sabios y a los soberbios»



La voz de la niña le sacó de su rememoración:

- Dígame, ¿les que usted no hace el saludo a María?
- Bah... Bueno, chiquilla, sí, es bueno hacerlo así siempre.
- Adiós, señor --dijo la niña.
- Adiós, pequeña ...

Y el capitán Paul había contado a sus compañeros: «Cuando se fue la chiquilla, subí los muelles, pensando: He leído muchos, muchísimos libros; he razonado sobre todo lo habido y por haber. Y ahora «la sonrisa de una niña lo pone todo en entredicho» ... Para quitarse aquella idea de la cabeza, entré en una librería, pensando que la vista de los volúmenes, el atractivo de las novedades, le harían recobrar el equilibrio, su serenidad de intelectual ateo. Tomó un libro al azar, en cuanto reparó en que la gente le miraba, tan extraño debía ser su aire de hombre abstraído, pagó el libro y salió en seguida hacia su hotel. Cuando quedó a solas en su habitación, miró el libro que tan por casualidad había caído en sus manos: era la obra del polemista católico León Bloy sobre Nuestra Señora de la Salette. Y aquella lectura le conmovió, hizo de él otro hombre.

Poco después, el profesor ateo hizo a pie el camino que conduce hasta la Virgen de las cumbres. En lo alto le esperaban la fe y la gracia que hicieron de él, años más tarde, el capitán Paul, que probó en los años duros su temple de admirable cristiano.